

PRÓLOGO

El trabajo de investigación que María Ruiz del Árbol presenta en este libro se inserta dentro de un proyecto más amplio. Su comienzo se produjo a finales de 1997, cuando el Ayuntamiento de El Cabaco solicitó mi colaboración para realizar una investigación y valoración de las antiguas minas romanas de Las Cavenes. A la vez prácticamente, la UNESCO aprobaba en Nápoles la inclusión de Las Médulas en la Lista del Patrimonio Mundial, reconocimiento otorgado, creo que por primera vez en Europa, a un paisaje cultural. En este éxito colaboró muy activamente todo nuestro grupo de investigación, que hacía ya casi una década que venía trabajando en la zona y veía así recompensados los esfuerzos realizados para valorar ese tipo de bienes culturales. Las Cavenes, conocidas con anterioridad a través de diversos autores, no alcanzan sin duda la espectacularidad de las estructuras mineras que se conservan en Las Médulas, pero su estudio, como se puede apreciar en esta publicación, ha aportado ya datos y nuevas interpretaciones históricas de singular relevancia. Por otro lado también ha servido de soporte para una primera explotación patrimonial de esa zona, donde ya existen un itinerario visitable y un centro de información.

Es posible que lo que acabo de decir pueda resultar sorprendente, puesto que me he referido a zonas mineras y el título del libro se refiere a cultivos y actividad agraria. Pues bien, en relación con esa aparente contradicción se halla una de las principales aportaciones de esta obra. El acondicionamiento y laboreo de las tierras de cultivo en época romana tradicionalmente se ha abordado desde las fuentes literarias y desde una visión sectorial, es decir, considerando la actividad agraria de forma monográfica, desvinculada en buena medida de la integración más general que tuvo durante la Antigüedad en las formas de ocupación del territorio. Igualmente, la explotación minera tampoco alcanzó hasta tiempos muy avanzados un carácter sectorial y convivió con el beneficio de otros recursos allí donde existían, como es el caso que nos ocupa y el de otras numerosas

áreas de la Península Ibérica en particular. Es por lo tanto una cuestión de estrategia investigadora y de enfoque metodológico el llegar a establecer su clara vinculación.

En íntima relación con lo anterior, otro vacío que viene a llenar el trabajo de María Ruiz del Árbol tiene que ver con el registro histórico utilizado. La bibliografía sobre el cultivo y la actividad agraria romana es bastante copiosa cuando se trata de zonas regularizadas o normativizadas sobre las que existen abundantes testimonios escritos, literarios o epigráficos, e incluso documentación gráfica de bastante alcance. La autora, por el contrario, ha tenido que basar su obra casi exclusivamente en las fuentes arqueológicas, con una importante presencia de los conocimientos paleoambientales y, en general, de la Geoarqueología.

La aplicación de ese tipo de enfoques y metodologías hasta ahora sólo era común, en especial cuando se trata de trabajos sobre la Península Ibérica, en los estudios de épocas prehistóricas o protohistóricas. Tiene sentido por ello que una publicación dedicada al mundo romano se detenga en sus primeros capítulos en explicar con cierta extensión los enfoques teóricos y sus fundamentos metodológicos. Su valor es doble; por un lado, como objetivo estrictamente científico, le permite plantear las bases de un estudio que apenas cuenta con precedentes dentro de su ámbito histórico; por otro, y esto hay que valorarlo en su dimensión didáctica y formativa, realiza una síntesis del estado de la cuestión sobre el tema, basada en un buen conocimiento de los trabajos similares realizados en otras áreas geográficas.

Dentro de esa nueva metodología, hay que destacar en particular la integración de la Geoarqueología en un contexto más amplio, como parte de la Arqueología del Paisaje, pero dando explicación también a cuestiones más pragmáticas, como es su incorporación instrumental dentro de la prospección arqueológica. De esta forma, lo que podría verse como una simple aplicación de los conocimientos edafológicos a la Arqueología, cobra sentido dentro del proceso

histórico concreto en el que se sitúan los espacios agrarios antiguos. Se supera así el concepto de ciencias aplicadas a la Arqueología, sin renunciar por ello a una exposición rigurosa y detallada de los diversos factores físico-químicos que permiten identificar la presencia de cultivos en relación con suelos antiguos.

Acercándonos al área de estudio elegida, no es ocioso el planteamiento de la autora acerca del papel que pudieron jugar las zonas de montaña dentro del mundo altoimperial romano, puesto que generalmente han sido relegadas por su carácter marginal o por su especialización económica y funcional. Tal interpretación se ha asumido frecuentemente de forma casi automática, a partir de tópicos como el de su necesaria vocación ganadera (afectado anacrónicamente por la proyección actualista de la dehesa salmantina) o el del papel predominante jugado por la minería, también erróneamente considerada desde una perspectiva exclusivamente sectorial como ya he dicho.

La clave, la solución en cierta medida, de la anterior cuestión se ofrece en el último capítulo, donde vemos aparecer la visión integradora que se anuncia-

ba al inicio del trabajo. Sin dejar de centrarse en las terrazas de cultivo como el objetivo esencial propuesto, aparece la síntesis global que propone la autora sobre las formas de ocupación del territorio desarrolladas en época altoimperial en la zona concreta de la Sierra de la Peña de Francia, los asentamientos a ellas asociados y las demás formas de explotación, incluyendo a la minería de oro como factor sin duda catalizador. Todo ello le permite construir un modelo de interpretación muy coherente sobre lo que fue el ordenamiento romano de la zona y su caracterización como espacio esencialmente rural, en gran medida diverso y contrapuesto al modelo tradicional de romanización basado en la ciudad, aunque no por ello menos influyente en los profundos cambios y transformaciones sociales.

F.-Javier Sánchez-Palencia
Profesor de investigación
Instituto de Historia del CSIC
GI Estructura Social y Territorio –
Arqueología del Paisaje (EST-AP)

INTRODUCCIÓN

Este estudio se integra en la labor del Grupo de Investigación “Estructura Social y Territorio, Arqueología del paisaje” del Departamento de Historia Antigua y Arqueología del Instituto de Historia del CSIC y constituye uno de los ejes que articularon la investigación que dio lugar a mi tesis doctoral (Ruiz del Árbol, 2005). El objetivo principal de esa tesis –el estudio de la organización y la explotación del territorio en el Nordeste de Lusitania en época altoimperial– forma parte, en realidad, de una investigación más amplia en esta región y en otras zonas mineras del Noreste peninsular.

Este trabajo se vincula, más en concreto, al estudio realizado en la Sierra de la Peña de Francia donde el GI lleva a cabo, desde finales del año 1997, la investigación de los procesos de cambio social a los que dio lugar la integración del Nordeste de Lusitania en el mundo romano. Para ello, se ha planteado el estudio de un territorio, la comarca de la Sierra de la Peña de Francia, en el que se ha tratado de obtener una visión diacrónica de las épocas protohistórica y romana, en el marco de una investigación multidisciplinar. En este contexto, uno de los focos centrales del trabajo ha sido el estudio de la Zona Arqueológica de Las Cavenes, donde se documenta una importante explotación de los yacimientos auríferos del piedemonte de la Sierra (siglos I y II d.C.) y una completa reestructuración del territorio, en el marco de la nueva imposición tributaria romana.

Aunque se centra en el estudio de los espacios cultivados, el libro trata varios temas fundamentales de la investigación actual sobre el Norte de Lusitania y, en general, de los paisajes del Occidente de la Península Ibérica. Por una parte, se aborda la cuestión del carácter de la organización de estas áreas rurales en época altoimperial, tradicionalmente consideradas por la investigación como áreas periféricas y marginales. Las reflexiones teóricas más recientes sobre los procesos de romanización en las provincias del imperio cuestionan el modelo clásico de ciudad y permiten la revisión, desde nuevos modelos interpe-

tativos, de las ideas sobre la organización de aquellos territorios que no se adecuan a los esquemas “romanos”. Así, recientemente, se ha subrayado la existencia de un sistema social exclusivamente rural y plenamente romano, en el que la vida urbana tiene una importancia secundaria para la articulación de las comunidades locales.

Un nuevo encuadre de los problemas planteados en las áreas en las que no se documenta el modelo clásico “ciudad-campo” exige la adopción de una nueva perspectiva, que sustente una interpretación histórica del paisaje y que contemple la variedad de formas que presentan los territorios provinciales. En los últimos años, el desarrollo de las investigaciones sobre paisajes agrarios antiguos, en el marco de los planteamientos de la Arqueología del paisaje, ha permitido avanzar en el estudio de los procesos de implantación agraria en las provincias del Imperio Romano desde estos nuevos planteamientos. La investigación sobre paisajes agrarios se ha beneficiado de la puesta en marcha de proyectos interdisciplinares de carácter regional que, partiendo de una consideración amplia del registro arqueológico, han realizado nuevos avances en la identificación e interpretación de las prácticas agrarias antiguas.

Las dificultades metodológicas y técnicas que presenta el estudio del paisaje se acentúan en áreas montañosas como la Sierra de Francia debido, en gran parte, a los problemas de identificación de los componentes del paisaje en estas áreas (difícil accesibilidad, nula visibilidad de superficie). En el marco de la búsqueda de nuevas estrategias y metodologías para el estudio de los territorios rurales, se proponen en este trabajo otras formas de análisis y, en concreto, el estudio de terrazas de cultivo como uno de los elementos clave para el estudio de la explotación agraria en zonas de montaña.

Por último, y aunque no se trata de forma expresa en este trabajo, es preciso señalar que uno de los principales objetivos de esta investigación ha sido la valoración de estas áreas como paisajes culturales,

verdadero recurso patrimonial para el desarrollo de las zonas rurales. Así, y en el marco de las últimas recomendaciones de organismos internacionales (UNESCO, Consejo de Europa), es preciso subrayar que los problemas científicos y patrimoniales deben

abordarse desde una perspectiva conjunta. En este sentido, el trabajo realizado en Las Cavenes ha servido para valorar esta área como un auténtico paisaje cultural, síntesis de relaciones sociales y producto de los procesos históricos.